

otra manera los negocios. Cuando se carece de la experiencia de otro régimen es imposible imaginárselo. En sociedades como el antiguo Perú, por ejemplo, donde, como hemos visto, la regimentación era universal, no existía elemento alguno con que formar la idea de una vida industrial, espontáneamente conducida y gobernada.

Consecuencia natural de esto es la compresión de la iniciativa individual y la consiguiente falta de espíritu de empresa. Á medida que el ejército va adquiriendo su organización propia, se va quedando reducido á un estado en que toda acción independiente de sus individuos es objeto de una prohibición. Y cuando la regimentación penetra en la sociedad en general, sus miembros, dirigidos ó contenidos á cada paso, tienen poco ó ningún poder de manejar sus propios asuntos en otra forma que la dispuesta por la rutina establecida. Los esclavos no hacen más que lo que sus amos les mandan, los amos no pueden hacer nada que se aparte de la costumbre, sin permiso de la autoridad, y las autoridades locales no conceden permiso alguno antes de consultar, por su orden jerárquico, á las autoridades superiores. El estado de ánimo que resulta de estas influencias es un estado de resignación y expectativa. Cuando el tipo militar está completamente desarrollado, todo se efectúa por la acción pública, no sólo en razón á que se deja sentir ésta en todas las esferas, sino porque, si ella no dominara, no podría establecerse ninguna otra autoridad, puesto que las ideas y los sentimientos que hubieran podido crearla se encuentran atrofiados.

Hay que agregar, á las ya expresadas, otra influencia que obra sobre el entendimiento y que concurre con las anteriores. La única causa que se reconoce es

la persona, y la idea de una causa impersonal no puede formarse. El hombre primitivo no tiene noción alguna de la causa, en el sentido moderno de esta palabra. Los únicos agentes que admite en su teoría de las cosas son los vivos y los espíritus de los muertos. Tanto los acontecimientos insólitos como los sucesos ordinarios capaces de variación, los atribuye á entidades sobrenaturales.

Este método de interpretación subsiste durante las primeras edades de la civilización, como lo vemos, por ejemplo, entre los griegos de Homero, que atribuían las heridas, la muerte y el acto de librarse en la batalla de los golpes del enemigo al odio ó á la ayuda de algún dios y que consideraban inspirados por los dioses los actos buenos y malos. La conservación y el desarrollo de la estructura y de la actividad militares hacen que dure y se arraigue esta manera de pensar. En primer lugar, porque impiden el descubrimiento de las relaciones causales. Las ciencias nacen de las artes, pues comienzan como generalizaciones de verdades que la práctica de las artes ha puesto de manifiesto. Cuanto más se multiplican y más variados se hacen los procedimientos de producción y más aumenta su complejidad, se llega á reconocer mayor número de leyes y se desenvuelve la idea de una relación necesaria y de una causa física. Por consiguiente, al estorbar el progreso industrial, el militarismo pone un obstáculo á la sustitución de las ideas de causalidad personal por la idea de la causalidad impersonal. Al mismo resultado se llega deprimiendo la cultura intelectual. Una vida consagrada á adquirir conocimientos, ú ocupada en la industria, pasa por despreciable á los ojos de los que emplean la suya en la guerra. Los espartanos nos ofrecen una prueba de esto en la anti-

güedad, y tenemos otras en la época del feudalismo europeo, cuando el saber era desdeñado y se le consideraba como bueno tan sólo para la clerecía y el pueblo bajo. Evidentemente, las ocupaciones guerreras, al poner obstáculos al estudio y á la difusión del saber, retardan el momento en que el espíritu, emancipado de la autoridad de las ideas primitivas, llega á comprender las leyes naturales. En tercer lugar, y ante todo, el resultado en cuestión se debe á la experiencia visible y continua de la causación personal, que el mando militar proporciona. En el ejército, todo movimiento está dirigido por un superior, desde el general en jefe hasta el último subalterno; y en la sociedad, cuanto más completa es la regimentación, más se amoldan todas las cosas á la voluntad reguladora del soberano y de sus subordinados. Cuando se trata de interpretar los asuntos sociales no se reconoce, por lo tanto, más que una clase de causación, la causación personal. La historia no es más que una serie de hechos de hombres notables, y se admite tácitamente que éstos son los que han formado las sociedades. El espíritu no percibe el proceso de la evolución social, porque no se halla habituado á la causalidad impersonal. La idea de la génesis natural de los órganos y de las funciones sociales es una concepción que le es totalmente ajena y que parece absurda á primera vista. La idea de un proceso social que se regula á sí mismo resulta ininteligible. El militarismo da al espíritu del ciudadano una forma adaptada, no sólo moralmente, sino también intelectualmente, á este régimen; una forma que no le permite pensar en desacuerdo con el sistema imperante.

§ 561. Tenemos, pues, tres manifestaciones del carácter de los Estados del tipo militar. Observemos la

concordancia que existe entre estas manifestaciones.

Hay condiciones, evidentes *à priori*, que una sociedad necesita reunir para sostenerse enfrente de otras sociedades que le son hostiles. Para conservar con la mayor eficacia posible la vida colectiva, es menester que la acción común sea secundada por todos. En igualdad de circunstancias, la potencia militar es mayor cuando los que no pueden llevar las armas trabajan para el sostenimiento de los que las llevan, con la condición de que la parte trabajadora no exceda de los límites de lo necesario para este fin. Los esfuerzos de todos, utilizados directa ó indirectamente para la guerra, son tanto más eficaces cuanto mejor combinados se hallan. Además de la unión entre los combatientes, se necesita la unión entre los que no combaten, para que el concurso de éstos suministre prontamente cuanto puede dar. Exigen estas condiciones que la vida, los actos y los bienes de todos estén á disposición de la sociedad. Este servicio universal, esta combinación, esta absorción de los derechos individuales, supone un órgano gubernativo despótico. Para que la voluntad del guerrero jefe sea eficaz, cuando la sociedad es grande, es preciso que haya centros y subcentros organizados jerárquicamente, por los cuales pasen las órdenes, tanto las dirigidas á la parte combatiente como las dictadas á la parte civil de la nación. Así como el jefe prescribe al soldado lo que ha de hacer y lo que no debe hacer, así en toda la extensión de una sociedad militar la regla legal es á la vez negativa, y positivamente reguladora no se limita á prohibir, dirige; el ciudadano, como el soldado, vive bajo el régimen de la cooperación obligatoria. El desarrollo del tipo militar implica una rigidez creciente, puesto que la cohesión, la combinación, la subordi-

nación y la reglamentación, á que están sometidas las unidades de una sociedad, hacen que disminuya inevitablemente su aptitud para cambiar de posición, de ocupaciones y de residencia.

El estudio de las sociedades pasadas y presentes, grandes y pequeñas, caracterizados por un militarismo acentuado, prueba *à posteriori* que, en medio de las diferencias debidas á la raza, á las circunstancias, al mayor ó menor desenvolvimiento, etc., hay entre aquéllas analogías de diversas clases, que indicamos antes discurrendo *à priori*. Rusia y el Dahomey, en los tiempos modernos, y en los antiguos el Perú, Egipto y Esparta, son ejemplos de la posesión del individuo por el Estado, posesión que se extiende á la vida, á la libertad y á los bienes, y que es característica del estado social organizado para la guerra. El imperio romano, el de Alemania é Inglaterra, desde que ha entrado en el camino de las conquistas, prueban que, con los cambios que adaptan mejor á una sociedad á las funciones militares, viene el crecimiento de la autoridad, del funcionarismo y de la vigilancia, que establece cierta analogía entre la vida de los paisanos y la de los militares.

El carácter de los hombres que componen las sociedades militares nos proporciona otro testimonio. Colocan la gloria suprema en los triunfos de la guerra y confunden la bondad con la bravura y la energía. La venganza es, para ellos, un deber sagrado; observando en su país la ley de represalias que aplican al extranjero, están siempre dispuestos á sacrificar á los demás, sean propios ó extraños; sus sentimientos de simpatía, ahogados durante la guerra, no pueden ser tampoco muy activos en tiempo de paz. Deben inspirarse en un patriotismo, que considera el triunfo de la patria como

el fin supremo de las acciones; deben tener esa lealtad, de donde dimana la obediencia á las autoridades, y, para mantenerse obedientes, necesitan una fe sólida en los que mandan. Con la fe en la autoridad y la aptitud para someterse á una dirección, que es consecuencia de aquélla, no puede haber más que muy débil iniciativa. La costumbre de verlo todo regulado oficialmente, contribuye á que se adquiera la creencia de que la intervención oficial es necesaria en todo. Finalmente, una vida que hace familiar la causación personal y no ofrece en parte alguna la experiencia de la causalidad impersonal, incapacita á las personas para concebir ningún hecho social como efecto de combinaciones espontáneas. Estos caracteres individuales, acompañamiento necesario del tipo militar, son los que observamos hoy en los miembros de las sociedades militares contemporáneas.